VII

—Si no tengo nada... tú ves visiones, hija.

Y Alfonso, estimulado por la presencia de su mujer, se incorporó, se rehizo, enderezó el cuerpo, hasta sonrió.

—Allí están esos señores—añadió señalando á la puerta del cuarto de baño. Hace un rato que conferencian, y es fácil que de un momento á otro salgan, por lo cual debes subir á tus habitaciones y esperarme allí.

—¿Irás á decirme...?

—Sí; mi palabra.

—¿Pero todo? ¿Sin ocultar cosa ninguna?

—Todo absolutamente. Te seré franco: si desde el primer momento te hubiese podido callar esta zambra... mejor para los dos. Como ya estás impuesta en lo principal, no hay razón... Oye—continuó, observando el atavío de Ana—¿á dónde has ido tan de madrugada tú?

—A rezar—contestó intrépidamente la dama, que no mentía.—A pedir á Dios. ¡Ya ves que en ciertas ocasiones!...

Dióse Alfonso por satisfecho con la explicación, y haciendo alarde pueril y fanfarrón de escepticismo, murmuró:

—Pues ya se ha salvado el país... ¡Anda, Nitis, criatura, sube .. anda!

—¿De veras no estás enfermo? Al entrar, juraría...

—¿Qué había de estar enfermo? ¡Vamos, no digas ridiculeces! ¡Enfermo! Arriba, feúcha, tonta... ¡Por los clavos de Cristo... que van á encontrarte esos señores!

Ana subió preocupada, rumiando una aprensión indefinible, pareciéndole que volvía á ver á su Alfonso, tan desencajado, con aquel color de muerto, aquel extravío en los ojos, aquella postración en la actitud...

Su retirada fué oportuna: aún no habría empezado á dejarse quitar las horquillas del velo, cuando el criado avisó á la Cueva de que acababan de retirarse el señor conde de Alén y el señor Ordóñez, y que los señores de Antequera y Cármenes le aguardaban.

Procurando caminar con paso resuelto y firme, dirigióse Alfonso á su despacho, y á fin de aparecer todavía más fresco é indiferente, al entrar, en vez de formular la pregunta que le importaba, fué derecho al cajón de puros y dijo entre dientes:

—¡Caramba! El caso es que no me acordé de llevarme uno cuando salí...

Llamóle la atención la cara de sus testigos, que la tenían mitad asombrada, mitad satisfecha, cual si les hubiesen quitado de encima

grave peso; y como se oyen las voces que en sueños nos interpelan, oyó resonar la de Donato Cármenes:

—Chico... ¿Sabes que va á sorprenderte el giro que ha tomado la cuestión? Es decir, á tí puede que no te sorprenda tanto como á nosotros... porque, naturalmente, estás en todos los antecedentes posibles...

Aquí el acento de Cármenes adquirió ciertas inflexiones de ironía.

Alfonso, tendiendo el oído, queriendo reprimir el interior anhelo, preguntaba con los ojos. El brigadier casi parecía mohino; Cármenes iniciaba sonrisas de desenfado y mostraba tendencias á la broma.

—Verás: tú nos habíais dicho que el lance, según todas las probabilidades, sería á muerte; que Ramiro daría á sus padrinos instrucciones de proceder á raja tabla, y que nuestra misión era aceptarlas y ajustarnos á ellas... sin discutirlas. Pues, hijo, en esa intención estábamos, pero suponte tú que nos salen con la pata de gallo siguiente: Ramiro comprende que anoche, cuando cuestionasteis, al salir del tresillo de la Lanza, ibas tú acalorado; que él te sujetó el brazo antes de que llegases á darle el bofetón, y como demostró con eso que pudo darte otro si quisiese, no hay verdadera ofensa; que sin embargo está á tu disposición si deseas batirte, y que entonces aceptará tus condiciones, sean como sean. No ha pasado ni más ni menos. ¡Ah! Y que si no tienes empeño en llevar adelante la cosa, se firmará un acta. Como es

natural, dijimos que lo consultaríamos contigo, pues ignorando si había algo más entre vosotros que la gresca de la calle, no podíamos resolver así de buenas á primeras. Tú dirás.

—Usted dirá: nadie más que usted puede decir,—confirmó Antequera, siempre fosco y huraño.

Alfonso tardó en responder. Los oídos le zumbaban; la sangre se le agolpaba al corazón, y de allí subía á la cabeza congestionándola; su lengua seca impregnaba de pegajosas hieles su paladar. Comprendía... ¡Demasiado que comprendía! Ramiro ya no aspiraba á matarle: lo que quería era cubrirle de ignominia y de baldón; amancillarle primero en su honor de esposo, y dejarle luego estampada la nota de infamia del que no ha pretendido borrar la mancilla y volver por su dignidad en la única forma que en su aberración admite y sanciona el mundo. La hipócrita actitud de Ramiro era un prodigio de pérfida habilidad: semejaba respetuoso homenaje á Ana, deseo de evitar mayor escándalo, de no herir á una señora, cuando realmente era nueva emboscada contra Alfonso, y emboscada de tal índole, que de ella tenía que salir ó desprestigiado ó muerto.

Lo conoció perfectamente la Cueva, y conocerlo fué su castigo. Un solo camino decoroso le quedaba abierto, y era exclamar: «Vayan ustedes y díganle á Alén y á Ordoñez que quiero duelo, hasta que Ramiro ó yo nos inutilicemos de verdad.» Pero en vez de estas palabras, salieron de sus labios otras, dictadas por la victoriosa naturaleza: «Déjenme ustedes pensarlo unas horas... Les avisaré á su casa. Gracias por todo, ¿eh? Es cosa de reflexionar, como ustedes conocen».

—De reflexionar... de reflexionar... ¡Carabinero! ¡Maldito si vale un pepino en estas cosas la reflexión!—masculló el brigadier.—Son del primer instante, y si no... En fin, usted sabrá ..

—Cada uno sabe dónde le apreta el zapato—respondió mostrándose amostazado Alfonso.

—Pero, Antequera—decía Cármenes á la salida, riendo ya francamente:—V. parece un testigo de comedia, de pieza por horas. Empeñado en que á Alfonso le ensarten...

—¡Hombre! ¡Por vida! Me parece á mí que después de lo que hizo Dávalos con la señora de la Cueva...

—¡Chs! Si eso *no lo sabemos*...

—¿Que no lo sabemos? ¡Carabinero real! ¡Pues no dijeron anoche que allí, á la vista de todos!...

—¡Bah! ¡Si eso *nunca se sabe!*... Cualquiera pensará que ahorita mismo viene mi brigadier de los montes de las Amezcoas.

—Allí me dan ganas de meterme ermitaño cuando veo ciertas cosas. ¡Por vida! ¡Carabinero real!

Solo ya Alfonso, á la manera del banquero que próximo á declararse en quiebra hace balance exacto de sus haberes, calculó la provisión de energía y fuerza con que contaba, y espantado y trémulo vió que no podía alcanzar-

le para hacer frente á la pavorosa situación.

Su terror fué doblemente profundo, al recordar que la víspera se sentía lleno de acometividad fiera, y la perspectiva del lance le enardecía y exaltaba. Es que entonces se creía ofendido, traicionado, vendido, despojado del amor de su esposa: hoy, sabiendo que de la traición sólo vanas apariencias existían, el rencor se apagaba, la saña extinguíase en su espíritu, y quedaba sólo en pie el deseo de disfrutar largos años la hermosa vida y de conservar íntegros el cuerpo y la salud. Si al menos Ramiro insistiese, apretándole y constriñéndole á aceptar el empeño, ¡qué remedio entonces! sería preciso ir derecho al campo, aceptar la flaqueza y entregarse cerrando los ojos al peligro... Lo que desfallecía en Alfonso era la voluntad; lo que se relajaba era la fibra de la iniciativa; lo que tenía enfermo era el carácter. Analizando en aquella suprema hora su estado moral, Alfonso reconocía que si fuese soldado, la subordinación le llevaría á arrostrar la metralla; que si fuese obrero, con su escuadra descendería á la mina; que si fuese marinero, subiría á las gavias; que, en suma, dirigido, mandado y desplegando otros la voluntad de que carecía él, era posible que saliese con lucimiento de las grandes pruebas Mas siendo él mismo quien tenía que desarrollar la fuerza misteriosa de la volición, que es como la virilidad del espíritu, Alfonso notaba con humillante dolor la vergonzosa deficiencia, la postración invencible, la incapacidad absoluta,

irremediable... para decirlo pronto: la afrentosa *cobardía*.

Hundido en un sillón; puestos los codos sobre la mesa; caída la cabeza en las manos; clavadas las uñas en el pelo, la Cueva pasó algunos instantes horribles, mil veces peores que los que se pasan al frente de la pistola apuntada ó del florete esgrimido por mano maestra... Entre sus dedos rezumó un licor salado y amargo; y levantándose de repente, más blanco que su camisa, murmuró casi en voz alta: «Lo único que me faltaba era llorar.»

Fué á apoyarse en la chimenea. El sol hería ya con sus calientes reflejos los recortados arbolillos del jardín; abrió la ventana y respiró lleno de placer. En suma, ¿por qué se apuraba de tal manera? Cierto que se había divulgado lo de casa de Lanzafuerte; pero la sabia y honesta conducta de Ana borraría bien pronto esa mala impresión. Novios como eran, se irían á París; entretendrían allí el invierno, y al regresar estarían agotados los comentarios, y el incesante remolino de la vida cortesana se habría tragado el incidente como leve arista. ¡Qué de escandaleras, qué de alborotos de un día ó una hora, hasta de una semana ó de un mes, había visto Alfonso desaparecer, borrarse, difumarse entre las nieblas del olvido, mientras la rueda social daba rápidas vueltas y el bullicio, con su perpetuo rum rum, cubría gritos, ayes, imprecaciones y carcajadas!

El tiempo era el médico soberano para estas cosas. Nuevas comedias y tragedias quitaban

del cartel las antiguas. La frívolidad condenaba las evocaciones del pasado, y el buen gusto ponía el pedal para apagar todo estrépito. Lo único que el transcurso de los años no podía curar, era una estocada á fondo ó un balín en la sien. ¡Morir! El ataúd, los cirios de la capilla ardiente, la cama imperial, los responsos, las fúnebres salmodias, el carro empenachado, Ana de crespón negro, Ana á los dos años de lila, blanco y gris, volviendo al mundo, festejada, galanteada otra vez, alegre, linda!

Alfonso se sentó de nuevo á la mesa y escribió á sus testigos. Acaso Ramiro tuviese razón: ofensa no la había: tratábase de una quimera, dos ó tres palabras fuertes, en substancia, nada entre dos platos... Autorizábales para redactar el acta, dejando á salvo el honor... Esto en el supuesto de que el Sr. Dávalos persistiese en brindarse á un arreglo decoroso por ambas partes, y no exigiese retractaciones, ni más concesiones que las mutuas.

VIII

Enviada la carta, Alfonso sintióse regocijado y dolorido á la vez: respiró primero ruidosamente: luego, opresión inexplicable le apretó el pecho y los pulmones. Como subía la escalerita que conducía á las habitaciones de su mujer, atribuyó al sobrealiento aquel singular ahogo.

Ni en el saloncito ni en el gabinete estaba Ana. Tampoco la encontró en la gran alcoba, ni en el cuarto tocador. Ocurriósele entonces que podría estar en un aposento espacioso, con vistas al patio, donde la señora de la Cueva tenía algunos libros, estantes, plantas, flores, un costurero incrustado de nácar. Era aquella habitación, para Ana, especie de retiro, al cual cada día agregaba algún mueble á su gusto, algún armario cómodo, algo que no tenía cabida en las demás. Alfonso entraba rarísima vez allí, y advirtió una gran emoción, casi un sacudimiento, cuando al empujar súbitamente la puerta sorprendió á Ana arrodillada ante un